La conversión de Zaqueo

19

1 Jesús entró en Jericó y atravesaba la ciudad. 2 Allí vivía un hombre muy rico llamado
Zaqueo, que era jefe de los publicanos. 3 Él quería ver quién era Jesús, pero no podía a
causa de la multitud, porque era de baja estatura. 4 Entonces se adelantó y subió a un
sicomoro para poder verlo, porque iba a pasar por allí. 5 Al llegar a ese lugar, Jesús miró
hacia arriba y le dijo: «Zaqueo, baja pronto, porque hoy tengo que alojarme en tu
casa». 6 Zaqueo bajó rápidamente y lo recibió con alegría.
7 Al ver esto, todos murmuraban, diciendo: «Se ha ido a alojar en casa de un
pecador». 8 Pero Zaqueo dijo resueltamente al Señor: «Señor, ahora mismo voy
a dar la mitad de mis bienes a los pobres, y si he perjudicado a alguien, le daré
cuatro veces más». 9 Y Jesús le dijo: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa,
ya que también este hombre es un hijo de Abraham, 10 porque el Hijo del
hombre vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido».

La parábola de las monedas de plata

10Mt. 25. 14-30
11 Como la gente seguía escuchando, añadió una parábola, porque estaba
cerca de Jerusalén y ellos pensaban que el Reino de Dios iba a aparecer de un
momento a otro. 12 Él les dijo: «Un hombre de familia noble fue a un país lejano
para recibir la investidura real y regresar en seguida. 13 Llamó a diez de sus
servidores y les entregó cien monedas de plata a cada uno, diciéndoles:
—Háganlas producir hasta que yo vuelva— 14 Pero sus conciudadanos lo odiaban
y enviaron detrás de él una embajada encargada de decir: —No queremos que
este sea nuestro rey—
15 Al regresar, investido de la dignidad real, hizo llamar a los servidores a
quienes había dado el dinero, para saber lo que había ganado cada uno. 16 El
primero se presentó y le dijo: —Señor, tus cien monedas de plata han producido
diez veces más— 17 —Está bien, buen servidor, le respondió, ya que has sido fiel
en tan poca cosa, recibe el gobierno de diez ciudades— 18 Llegó el segundo y le
dijo: —Señor, tus cien monedas de plata han producido cinco veces más— 19 A él
también le dijo: —Tú estarás al frente de cinco ciudades—
20 Llegó el otro y le dijo: —Señor, aquí tienes tus cien monedas de plata, que
guardé envueltas en un pañuelo. 21 Porque tuve miedo de ti, que eres un
hombre exigente, que quieres percibir lo que no has depositado y cosechar lo
que no has sembrado— 22 Él le respondió: —Yo te juzgo por tus propias palabras,
mal servidor. Si sabías que soy un hombre exigente, que quiero percibir lo que
no deposité y cosechar lo que no sembré, 23 ¿por qué no entregaste mi dinero
en préstamo? A mi regreso yo lo hubiera recuperado con intereses— 24 Y dijo a
los que estaban allí: —Quítenle las cien monedas y dénselas al que tiene diez
veces más— 25 —¡Pero, señor, le respondieron, ya tiene mil!— 26 Les aseguro que
al que tiene, se le dará; pero al que no tiene, se le quitará aun lo que
tiene. 27 En cuanto a mis enemigos, que no me han querido por rey, traíganlos
aquí y mátenlos en mi presencia». 28 Después de haber dicho esto, Jesús siguió
adelante, subiendo a Jerusalén.

LA ACTIVIDAD DE JESÚS EN JERUSALÉN

28El Señor entra por fin en Jerusalén, y esa entrada tiene un carácter mesiánico. Sin embargo, él no venía para instaurar un reinado temporal, ni tenía pretensiones políticas. Por eso entra como un Rey pacífico, montado en un asno.

28El pueblo lo recibe con entusiasmo, pero los responsables de Israel endurecen su posición contra él. Jesús responde serenamente a sus preguntas capciosas y les echa en cara la obstinación con que se negaban a creer en su Palabra.
28Frente a esa obstinación, el Señor anuncia el triste fin que le espera a Jerusalén, relacionándolo con el fin del mundo presente. Tanto uno como otro fin están descritos por medio de imágenes terroríficas, propias de un estilo literario llamado «apocalíptico», muy común en esa época. Él no quiere «asustarnos» con estos anuncios, sino animarnos a estar preparados para su Venida gloriosa.

La entrada mesiánica en Jerusalén

28Mt. 21. 1-9 Mc. 11. 1-10 Jn. 12. 12-15
29 Cuando se acercó a Betfagé y Betania, al pie del monte llamado de los
Olivos, envió a dos de sus discípulos, diciéndoles: 30 «Vayan al pueblo que está
enfrente y, al entrar, encontrarán un asno atado, que nadie ha montado
todavía. Desátenlo y tráiganlo; 31 y si alguien les pregunta: ¿Por qué lo
desatan? respondan: El Señor lo necesita». 32 Los enviados partieron y
encontraron todo como él les había dicho. 33 Cuando desataron el asno, sus
dueños les dijeron: «¿Por qué lo desatan?». 34 Y ellos respondieron: «El Señor lo
necesita».
35 Luego llevaron el asno adonde estaba Jesús y, poniendo sobre él sus mantos,
lo hicieron montar. 36 Mientras él avanzaba, la gente extendía sus mantos sobre
el camino. 37 Cuando Jesús se acercaba a la pendiente del monte de los Olivos,
todos los discípulos, llenos de alegría, comenzaron a alabar a Dios en alta voz,
por todos los milagros que habían visto. 38 Y decían:
38 *«¡Bendito sea el Rey que viene*
38 *en nombre del Señor!*
38 ¡Paz en el cielo
38 y gloria en las alturas!».
39 Algunos fariseos que se encontraban entre la multitud le dijeron: «Maestro,
reprende a tus discípulos». 40 Pero él respondió: «Les aseguro que si ellos
callan, gritarán las piedras».

Lamentación de Jesús sobre Jerusalén

41 Cuando estuvo cerca y vio la ciudad, se puso a llorar por ella, 42 diciendo:
«¡Si tú también hubieras comprendido en este día el mensaje de paz! Pero
ahora está oculto a tus ojos. 43 Vendrán días desastrosos para ti, en que tus
enemigos te cercarán con empalizadas, te sitiarán y te atacarán por todas
partes. 44 Te arrasarán junto con tus hijos, que están dentro de ti, y no dejarán
en ti piedra sobre piedra, porque no has sabido reconocer el tiempo en que
fuiste visitada por Dios».

La expulsión de los vendedores del Templo

44Mt. 21. 12-13 Mc. 11. 15-17 Jn. 2. 13-16
45 Y al entrar al Templo, se puso a echar a los vendedores, 46 diciéndoles: «Está
escrito: Mi casa será una casa de oración, pero ustedes la han convertido
en una cueva de ladrones».

La enseñanza de Jesús en el Templo

46Mc. 11. 18
47 Y diariamente enseñaba en el Templo. Los sumos sacerdotes, los escribas y
los más importantes del pueblo, buscaban la forma de matarlo. 48 Pero no

sabían cómo hacerlo, porque todo el pueblo lo escuchaba y estaba pendiente de sus palabras.